

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 41 AÑO 2001

TEMA 4: BAYREUTH. FAMILIA WAGNER. PROTECTORES

TÍTULO: **RECUERDOS DE RICHARD WAGNER – WAHNFRIED Y SUS
HABITANTES**

AUTOR: *Wilhelm Kienzl*

1879

En la noche, las ruedas del tren giraban con un ritmo monótono; fue evidente la inquietud que me invadió al cruzar la frontera de Franconia, camino de la pequeña ciudad que hacía tres años había abandonado tras una estancia rica en intensas emociones. Ahora la tenía nuevamente ante mi con la sensación de no haberla abandonado nunca. Al dejar la estación caminé por las calles del centro, y desde las casas, numerosas banderas me guiñaban los ojos. ¿Era posible que tras un breve sueño me encontrase de nuevo en el mágico mundo de los Festivales? ¡Por desgracia, todavía no! Estas banderas ondean cada año como muestra de la llegada del nuevo ciclo de arte dramático, pero esta vez no era así, aunque me consolé al saber que la ornamentación se debía a la reunión que los cantores de la Alta Franconia celebraban en Bayreuth. Unos días más tarde, 1700 cantores desfilaban por las calles entre músicas y aclamaciones. Los alegres días que siguieron a continuación se dedicaron más a Cambrinus que a Orfeo. Cuando los cantos enmudecieron y desaparecieron las banderas, Bayreuth se convirtió en un volcán apagado.

En la “Rennwege”, (ahora calle Richard Wagner) a unos cinco minutos del centro, a mano derecha, se encuentra “Wahnfried”, una confortable casa de gusto refinado. Está algo retirada de la línea de la calle ya que el parque que la rodea se ensancha ante la fachada. Una reja se abre para dar paso al frondoso parque y a la puerta principal de la villa. Ante ella se encuentra el busto en bronce del Rey Luis II de Baviera. La construcción de piedra arenosa en tono amarillento muestra en su fachada una frase original del viajero y maltratado Maestro: “Aquí se encuentra mi anhelada paz; le doy a esta casa el nombre de Wahnfried”. Sobre la inscripción se encuentra un grupo alegórico, simbolizando

el mito germánico en la figura del “Wotan-Viandante”, (con la imagen del famoso cantante wagneriano Schnorr von Carolsfeld muerto prematuramente) a cada lado se encuentran la Tragedia y la Música, (retratos de Schröder-Devrient y de Cosima Wagner) de la mano de esta última Siegfried niño, (La Obra de Arte del Futuro encarnada en el pequeño Siegfried Wagner). El parque que rodea la casa es el jardín de la finca, jardín que podría contar muchas cosas de esplendores principescos. En el parque de Wahnfried susurran los surtidores; bosquecillos y parterres de flores rodean el busto de Richard Wagner casi oculto por la frondosa arboleda; tras él, dentro de un bosquecillo, se encuentra la tumba del Maestro cubierta por una gran losa de mármol sin ninguna inscripción. El conjunto es impresionante.

* * *

Un domingo por la tarde recibí la invitación de Wagner para tomar el te. El Maestro no recibía por la mañana, hasta las dos nadie podía verlo ya que trabajaba en su estudio. Entré en el parque en compañía del devoto admirador de Wagner, el amable y docto filólogo, Hans Paul, Barón de Wolzogen. Al subir las escaleras que conducían a la puerta de entrada, a lo lejos, se escuchó (desde el lugar donde celebraban la fiesta coral), -en una curiosa y oportuna casualidad- la “Marcha Imperial” del Maestro. Envuelto en esta melodía entré en el vestíbulo de la noble casa. La altura del vestíbulo es la de todo el edificio, la luz penetra por arriba y el suelo es de baldosas negras y blancas. En él se encuentra un órgano americano, regalo hecho a Richard Wagner; ante él una gran piel de oso polar. Un friso con diferentes temas de los Nibelungos recorre la parte superior del vestíbulo. En la galería del piso superior se encuentran unas magníficas esculturas de Zumbusch con las figuras de *Lohengrin*, *Tannhäuser*, el *Holandés*, *Tristán*, *Walter von Stolzing* y *Siegfried*. A cada lado de la puerta de entrada se encuentran, sobre pedestales de mármol, los bustos de Richard Wagner y Cosima esculpidos por Kietzschen.

Eran las ocho y media cuando entramos en la sala donde cada noche Wagner acompañado de su familia descansa de su duro trabajo creador. Nada más cruzar la puerta se acercó a nosotros y con amables palabras nos indicó

nuestros asientos; inmediatamente quedó roto el hielo y empezó una conversación inolvidable para mí. El Maestro se sentó en un sillón; vestía una amplia bata de terciopelo negro, zapatos de seda negra y una boina también de terciopelo negro. Ante él un vaso de grog. A su lado, sentada en un sofá, se encontraba Cosima, la inteligente mujer, experta en literatura, que presta una gran ayuda a su marido, ella se ocupa de toda la correspondencia que se recibe (unas 25 cartas diarias). Cosima, hija de Franz Liszt y de la fallecida condesa d'Agoult, ahijada de Mortier de Fontaine tiene un rostro calcado al de su padre, el mismo afilado perfil con la prominente nariz algo más curvada, con sólo 40 años su cabello es ya totalmente gris; su forma de hablar es peculiar, con cierto deje extranjero, (sobre todo en los sonidos sibilantes). Cinco hijos rodean al matrimonio: cuatro muchachas, de doce a veinte años, dos de ellas del matrimonio de Cosima con Hans von Bülow: Daniela, Blandine, Isolda y Evita y un niño de diez años, Siegfried, un muchacho encantador muy parecido a su padre y evidentemente su favorito.

El salón en el cual Wagner recibe a sus amigos e invitados es lujoso y muestra una gran variedad. Dos lámparas de gas bajo unas pantallas japonesas lo iluminan. Varios grupos de mesitas, sillas y sofás tapizados en terciopelo se hallan distribuidos en aparente desorden; las mesas están repletas de valiosos objetos -obsequios llegados de todo el mundo-, plantas exóticas y una colección de valiosas pinturas adornan el salón que por una especie de ábside formado por blancas columnas que enmarcan unas cristalerías cubiertas con cortinajes rojos, comunican con las escaleras que conducen a la parte posterior del parque. Las pinturas del salón, todas de Lenbach, son los retratos de Richard Wagner, Cosima, Franz Liszt, Artur Schopenhauer, el filósofo preferido de Wagner (situado sobre el gran piano de cola Steinway), el padrastró Geyer, la madre, el Rey Luis II, Ludwig van Beethoven, Goethe, Schiller y la Condesa d'Agoult. Además una pintura que Makart pintó en el Cairo especialmente para Wagner, representando en tamaño natural una mujer egipcia sentada en unos tonos sorprendentemente uniformes. Sobre las dos estufas, situadas una enfrente a la otra se encuentran los bustos de Schnorr de Schröder-Devrient. El salón también alberga la grandiosa y bien clasificada biblioteca de casi 3.000 valiosos volúmenes con

las más importantes ediciones del momento. Solo por esta biblioteca vale la pena visitar Wahnfried. El amplio criterio de la inquieta mente de Wagner hizo que se interesase por todas las ramas del saber realizando una inteligente selección de la obras. Los antiguos escritos indios llenan todo un compartimiento; a su lado la literatura griega y romana llegando hasta el admirable renacimiento italiano; también contiene literatura dramática española e inglesa. La parte más importante la forman los escritos del alto medioevo alemán y el arcaico francés que para Wagner tenían gran valor. El sector filosófico también está representado por un importante grupo, desde los Vedas hasta Espinoza, Kant y Schopenhauer. Naturalmente también están presentes, en ediciones lujosas, los poetas aparecidos tras la muerte de Goethe y sorprende encontrar gran cantidad de obras fisiológicas de ciencias naturales y físicas. Y por último no puede olvidarse el gran número de partituras de Bach, Haydn, Mozart, Beethoven, Schubert y Liszt, además de las suyas propias que poseen un alto grado de interés. Ahora bien, no es posible encontrar ni un solo ejemplar de los casi 300 libros y folletos que tratan con dureza a Wagner, ni los artículos que tratan sobre sus obras en los periódicos, ya que ignora toda la prensa, excepto algunos diarios ilustrados y las "Fliegenden Blätter".

También es admirable la inagotable fuerza espiritual del Maestro y su espontánea, casi infantil vivacidad; trabaja de 8 a 2 y tras la comida, después de una pequeña siesta, se dedica al estudio de obras de las más variadas materias, (en aquellos días había terminado la lectura de las obras de Plutarco).

Hacia las 9 se reúne con la familia y los amigos en el gran salón, allí se hace música (con preferencia Bach) se lee o se conversa, generalmente hasta media noche. Así, tras largas y duras penalidades que pocos artistas han sufrido con tal intensidad, Richard Wagner vive ahora como un príncipe (también como pocos artistas) en su "Wahnfried".

Aquella primera noche pasada en "Wahnfried" me permitió conocer, además de los valiosos tesoros que contiene la casa, un esbozo personal, aunque incompleto, del gran genio que la habita. Los característicos rasgos de su perfil no dejan la más mínima posibilidad de confundirlo con otro y su carácter singular y peculiar admite distinguirlo entre miles. Así Richard Wagner

es único, con sus virtudes y sus defectos, franco y espontáneo, original desde todos los puntos de vista. Tanto lo importante como lo intrascendente transcurre con tal velocidad en su cabeza que debe expresar todo lo que siente y piensa de inmediato. Así no calibra si lo dicho es prudente o indiscreto, profundo o trivial, amable o hiriente. Sus palabras transmiten con fuerza su pensamiento. En un arrebatado de indignación puede (a menudo por una simple diferencia de opinión) herir con dureza, pero inmediatamente reconoce la injusticia cometida y es capaz de rectificar cordialmente su exabrupto; no podría ser de otra manera en un hombre tan sensible. Beethoven era en este sentido muy parecido a él. Muchos no soportaban a estos grandes hombres... que realmente no hacían nada para ganarse las simpatías; pero después de su muerte todo se olvidaba, su imagen se transfiguraba y se les recordaba con una sonrisa.

A los que frecuentaban Wagner no les era fácil aceptar sus bruscos arrebatos, pero sabían que se trataba de tormentas pasajeras. Tanto sus enfados como sus rasgos de humor eran inusitadamente vehementes. Además no sólo lo que decía era interesante sino que la manera como lo decía, los expresivos gestos que acompañaban sus palabras tenían una gran fuerza persuasiva. Al fin se aceptó que casi nadie de su entorno se libraba de estos exabruptos; protestando sólo habrían logrado ser objeto de más desaires, con esto no habrían logrado terminar con sus bromas. Naturalmente no le importaba ni la posición ni el nombre del embromado. Ahora bien, así que se empezaba a hablar de arte o de ciencia le invadía una absoluta seriedad. Entonces el pequeño hombre (Wagner medía poco más de cinco pies) se convertía en un gigante, súbitamente sus chispeantes y vivaces ojos brillaban y de sus labios fluía un torrente de sabias e inspiradas palabras que todos escuchaban con atención sin que nadie osase pronunciar una palabra. Estos eran los momentos más hermosos a los que raramente participaban personas forasteras ya que sólo asistían a ellos un pequeño e íntimo grupo de amigos. Un asistente poco informado que no supiese que el que hablaba era Wagner no tendría claro decidir si se trataba de un artista o de un filósofo ya que ambas naturalezas estaban muy unidas en el Maestro. En una de las noches que pasé en "Wahnfried" el gran hombre casi sucumbió al dolor, comentando que el

público que presenciaba sus obras no las entendía, ya que no las contemplaba con la amplia visión que le permitiría apreciar su parte teatral y que si así no lo hacía no les sería posible captar la profundidad de su valor artístico.

La charla de la primera noche que pasé en “Wahnfried” fue sumamente variada. En sucesivos espacios se trató del concierto Wagner de Graz en 1878 y del “Comité Wagner” del mismo lugar, de Ludwig Nohl W. X. Riehl, de la cultura musical, de las periódicas reposiciones en los Festivales de Bayreuth, de las características del “Filtro del olvido” en “El Ocaso de los Dioses”, (Wagner dijo: “No se trata de un filtro encantado, no, se trata de un “Filtro del olvido”, *Siegfried* olvida todo, todo lo que se refiere a *Brunilda*; hay quien cree que este Filtro tiene el mismo significado que el Filtro amoroso de “Tristán e Isolda” y piensan que en los dos casos toda la historia empieza únicamente con ellos. ¡Increíble equivocación!”), de Eduard Hanslick, de los profesores universitarios de Alemania, de los compositores de óperas italianas, entre ellos Bellini y Rossini, de los cuales Wagner apreciaba mucho la riqueza de sus melodías, lo mismo que despreciaba a Verdi y Donizetti, demostrándolo con fragmentos de “La Traviata” y “La Favorita”; acto seguido se habló sobre el patrón oro y plata, sobre América y sus tendencias religiosas, técnicas y artísticas, sobre Bismarck, Franz Schubert, Offenbach, Johan Strauss, Schelling, Schopenhauer, “La Teoría del Conocimiento” de Platón. La “Cuarta Dimensión” de Zöllner, Hegel, Hartmann, del “Wilhelm Meister” de Goethe y finalmente sobre el servicio militar obligatorio que no parecía gustarle mucho pensando en su hijo Siegfried. Tras estos sugestivos temas rogó al pianista Josef Rubinstein que interpretase una Fuga con Preludio del “Clavecín bien temperado” de Bach. Wagner sólo podía tocar lo más imprescindible. Rubinstein respondió a la honrosa petición con la soberbia interpretación de la gran Fuga en si bemol menor y el Preludio. Wagner escuchó la música de su grandioso antecesor con suma atención. Era inolvidable la emoción que causaba ver el gran revolucionario del nuevo arte dramático, sentado en su sillón, con los ojos fijos en el piano, respirando al compás de las notas del viejo Maestro. Así terminó aquella hermosa noche, abandoné el hogar del Maestro con ánimo alegre. Al cruzar el portal de “Wahnfried” todo me pareció un sueño, me parecía imposible haber tenido ante mi al gran hombre.

Para los próximos días estaba anunciada la llegada de Franz Liszt (suegro de Wagner, dos años mayor que él). Hacía dos años que lo había visto por última vez y ahora volvería a encontrar al admirado artista en casa de Wagner, ya que como cada año, en su viaje de Weimar a Roma, pasaba por Bayreuth. ¿Se podía desear un encuentro mejor que este? Después de visitar al patriarca en una visita que duró una hora, me sentí feliz al volver a verlo, unos días más tarde, en una reunión vespertina que Wagner organizó para festejar el cumpleaños de su poderoso protector el Rey Luis II de Baviera que tenía lugar el 25 de Agosto. Un grupo escogido de artistas, condes, príncipes acompañados por sus esposas, se reunieron en “Wahnfried”. Al frente de ellos Richard Wagner y Franz Liszt... una pareja excepcional que me causó problemas: so sabía a cual de los dos debía observar. Esta duda tuvo rápida solución cuando el patriarca Liszt se sentó al piano. No soy capaz de explicar lo que sucedió allí, fue algo indescriptible. Después que, con motivo de la celebración del día, Liszt interpretó la “Marcha del Homenaje” de Richard Wagner, tocó su poema sinfónico “Mazeppa” y “La Marcha Tcherquesa” de Glinca a cuatro manos con Josef Rubinstein; a continuación, desde la partitura autógrafa interpretó una Fantasía en la que describía sus impresiones sobre los surtidores de los jardines de Villa d’Este en Tívoli, lugar cercano a Roma. ¡Fue algo impresionante! La interesante velada terminó con un espléndido bufete. Los dos Maestros la hicieron inolvidable.

El 28 de Agosto se reunió en “Wahnfried” el pequeño grupo de amigos que en aquel momento se encontraban en Bayreuth para celebrar en la intimidad el 130 aniversario del nacimiento de Goethe. Ya por la tarde el pequeño grupo se había reunido en el jardín de Wolzogen para tomar un vaso de la auténtica cerveza llegada de Munich. Wagner se encontraba muy bien de humor. La conversación derivó hacia Nietzsche. El Maestro con sutil ironía y con gestos casi teatrales explicó la causa por la cual su amigo y leal partidario se había distanciado de él. La historia, aderezada con grandilocuentes gestos me pareció excesivamente terminante y me resultó difícil de creer, no me pareció convincente.

Wagner dijo más o menos lo siguiente: “Nietzsche regresó de nuevo a Bayreuth para visitarme. Se hospedó en “El Ancla Dorada”. Al entrar en su

habitación vi. un sospechoso cuadernito rojo que contenía las cancioncitas “Del Triunfo” y “Del Destino” de Brahms. Con ello quiso irritarme. Pero no me di por enterado. Por la noche el Profesor vino a “Wahnfried”, y mira por donde, llevaba cierto cuadernito rojo bajo el brazo. Intentó ponerlo en el atril del piano y muy serio quiso tocar algo de lo que contenía. Opinaba que debía escucharlo para tener una correcta opinión sobre el músico. Me negué, pero él continuó insistiendo, me puse violento, (ya sabéis que pasa cuando me pongo furioso. Cuanto ha sufrido mi pobre Cosima por causa de esto) Fui insolente y... sólo Dios sabe lo que sucedió... Nietzsche salió corriendo hacia la puerta. ¡si soy así! ¡Y no ha vuelto nunca más!” Y añadió con un auténtico y certero sarcasmo: “¿Creéis que debo amar a Brahms después de haberme hecho perder a mi Nietzsche? ¿Lo creéis posible?”. Seguro que la historia es auténtica ya que Wagner es la honestidad en persona. Pero uno se pregunta: ¿Fue ésta en realidad la única causa del distanciamiento de los dos hombres?

Pasamos la noche en casa del Maestro. Arrellanados en los blandos sillones, con la luna contemplándonos a través de las abiertas cristaleras y el mágico susurro de la fuente en el parque. Entonces, impulsivamente Liszt se sentó al piano e interpretó, no, convirtió en poesía, recordando a Goethe, su grandiosa “Sinfonía Faust”. Fue una de las impresiones más intensas de mi vida, fui feliz, olvidé todo lo que me rodeaba, escapé a la realidad. El anciano iluminado por la tenue luz de la lámpara y bañado por la pálida luz de la luna hizo que un mundo de fantasía penetrase en el alma de los que le escuchábamos. ¡Qué Sinfonía! Quien tenga la suerte de poder descubrir la belleza y la profundidad poética de esta obra como nos sucedió a mí y a los pocos afortunados para los cuales Liszt esta noche la interpretó con un espontáneo sentimiento que le brotaba del alma, deberá reconocer que esta obra es una de las más excelsas creaciones del arte musical. Todos permanecemos mudos, embargados por una profunda emoción; también Wagner parecía estar intensamente conmovido. Agradecido por tanta belleza mi vehemente apretón de manos fue más elocuente que mil palabras.

Al empezar su interpretación Liszt pronunció unas palabras afables pero al mismo tiempo llenas de velada amargura. A menudo el gran artista se disgustaba al ver que el mundo rechazaba sus creaciones sinfónicas y en

cambio lo idolatraban como virtuoso del piano. No interpretaban sus obras orquestales, las rechazaban y la ridiculizaban. Wagner en cambio se interesó por ellas (también por la Sinfonía Faust) en una época en la que todavía no había empezado la composición de “Los Nibelungos” y como dice en muchas de sus cartas dirigidas a Liszt desde el destierro de Suiza, se siente encantado con ellas.

Puede ser que la gran impresión que las obras del amigo causaron al solitario, privado de las últimas novedades musicales, o quizás otras causas desconocidas fueron las que provocaron que un importante tema del segundo acto de “La Walkiria” fuese el vivo retrato del tema principal de la “Sinfonía Faust”.

Cuando Liszt llegó a este punto en su interpretación, Wagner se acercó al piano y bromeando dijo: “¡Papaíto, esto te lo he robado!”. Liszt complacido y sin sentir envidia por los grandes éxitos de su gran amigo, replicó rápido: “Es verdad. ¡Por lo menos así alguien lo escuchará!”.

Tres días después Liszt abandonó Bayreuth, sus admiradores y Wagner lo acompañaron a la estación, al despedirse sus ojos se llenaron de lágrimas.

En Diciembre Wagner y su familia se marcharon a Palermo donde había alquilado una villa en la cual el gran Maestro, que no dejaba su trabajo a pesar de las dolencias que lo aquejaban, quería recuperarse y -como su inquieto espíritu no le permitía cesar en su actividad- terminar la partitura de “Parsifal”, que por lo poco que yo entonces conocía prometía ser la más excelsa de sus obras.

(Traducción de Rosa Mª Safont)